
JANTARADA EN LA RIBERA

EDUARDO LIZALDE

Súbita una angustia...
(Alvaro de Campos, inevitablemente)

Me embarga de repente, tiernas criaturitas,
una inmensa tristeza al devorarlas,
aquí a las márgenes del Duero en el dorado Porto lusitano,
y trago mal el sorbo del gran Barros de veinte años,
áureo también.

Una rara piedad me invade al verlas
cortadas, destazadas, a cuchillo arrancadas
de sus conchas maternas,
y rebañadas junto al macarrão por esta regia salsa
que se extiende por mi plato como un acuario bien cocido:
dulces ostras y almejas, fracturados miembros de centollos
hérculeos como rinocerontes

(que antes admiramos, vivos, moverse en la vitrina),
blancos brazos de octópodos y de cangrejos
aderezados con buen alho y queso Serra.

Escucho un fado, como de Coimbra,
que se arrastra quedo, melancólico al fondo.
Detengo desalegre el trinchador y la cuchara,
y me siento un Saturno codicioso, un filicida,
chacal que se alimenta con la pulpa
de sus más inermes y frágiles hermanos, hijos,

padres, abuelos y congéneres del reino
en que, asesinos, menesterosos y hambrientos vegetamos.

Pierdo hipócritamente el apetito, por lo pronto,
acaso por los previos desmanes culinarios
—metafísico estoy, pues he comido—,
pero pido perdón, amigos diminutos,
desde el más culpígeno y recóndito punto del alma.
Pido perdón, pequeños,
de tan sagrada y majestuosa estirpe milenaria
por ser este irredento y reincidente
cósmico caníbal, que moriría si no lo fuera.
De todos modos, me voy a estremecer en adelante
cada vez que ingiera la lonja de un bovino,
ejecutado legalmente en los urbanos mataderos,
y aun cuando corte una lechuga, fragante y floreciente,
en el patíbulo del plato cotidiano. <

PORTO, ABRIL DE 1997.